

CAPITULO TERCERO.

Felipe III.

Débil carácter de Felipe III.—Su jura.—El duque de Lerma, primer ministro.—Su conducta.—Rodrigo de Calderon.—Hostilidades contra la Holanda.—Oposicion nacional á un edicto arbitrario.—Sitio de Ostende.—Voto de la archiduquesa Isabel.—El marqués Ambrosio de Espinola.—Toma de Ostende.—Alteracion de la moneda de vellon.—Los galeones de América.—Sus productos.—Crueldades de los holandeses con los soldados españoles.—Triunfos de Espinola.—Ventajas de los holandeses en las Indias.—Tratado del Haya entre España y Holanda.—Espulsion de los moriscos.—Reflexiones sobre ella.—La nobleza, como recompensa á los propietarios de tierras.—Doble matrimonio del infante don Felipe y de la infanta doña Ana.—Nueva guerra con la Francia.—Tratado de Pavia.—El duque de Osuna.—Sus triunfos sobre los turcos y los venecianos.—Siendo virrey de Nápoles forma una intriga con la república de Venecia para declararse independiente.—Se descubren sus proyectos.—Es reemplazado el cardenal duque de Lerma, por su hijo el duque de Uceda.—Conducta de éste.—Alianza ofensiva y defensiva entre las casas de Austria, de Viena y la de Madrid.—Ventajas que resultan de ella.—Muerte de Felipe III, victima de la etiqueta.—Juicio acerca de este principe.

El nuevo soberano habia heredado el trono (1), pero no la politica perseverante de sus tres predecesores.

Infinidad de delincuentes fueron por él perdonados en aquellos dias, dió libertad á sus enemigos, devolvió los bienes confiscados á varias familias, entre ellas á la de Antonio Perez, y cuando sintió aproximarse la muerte, llamó á su hijo, al que dió los mas sanos consejos, espirando despues con la mayor tranquilidad. (Nota del Traductor.)

(1) Felipe II, habia hecho jurar principe de Asturias á

res, y menos aun su enérgica voluntad. El difunto rey, profundo conocedor de los hombres, habia visto con sentimiento que los años no daban fuerza y energia al carácter débil é indeciso de su hijo. Asi, á pesar de lo imperioso que era Felipe II, habia augurado mal de la sumision de su futuro sucesor, cuando instándole para que escogiese esposa entre las princesas cuyos retratos se le mostraban, respondió que la que su padre designase le pareceria la mas hermosa. En vano el anciano monarca quiso prevenir con sus consejos en el lecho de la muerte los peligros que le hacia tener el carácter fácil y la edad inesperada de su hijo. La inesperienza se disminuye con los años; rara vez sucede lo mismo con la debilidad, el mas fatal de todos los defectos en los monarcas.

Francisco de Rojas y Sandoval, marqués de Dénia (1), caballero de Felipe III, cuando este solo era principe de Asturias, supo conservar el ascen-

su hijo don Felipe, en Madrid, el 11 de noviembre de 1584, por los Estados compuestos de los grandes y de los procuradores de las ciudades. La ceremonia se habia celebrado con gran pompa en la iglesia de San Gerónimo, con asistencia del cuerpo diplomático. Despues de la misa, el cardenal Quiroga, arzobispo de Toledo, que habia oficiado, recibió el juramento prestado al principe por los prelates, los grandes y los diputados de las ciudades. Los presidentes de los consejos fueron tambien admitidos á prestarle, asi como algunos miembros del consejo privado y del de Castilla. El año siguiente (1585), habiendo Felipe II convocado en Monzon á los Estados de Aragon, de Cataluña y de Valencia, hizo reconocer por ellos á su hijo Felipe y prestarle juramento en la forma acostumbrada, aunque no habia cumplido aun catorce años. (Antonio de Herrera.)

(1) Descendiente de don Diego Gomez de Sandoval y Rojas, nombrado marqués de Dénia en 1484 por don Fernando el Católico.

diente que tenia ya sobre su señor, y creado duque de Lerma llegó á ser primer ministro, ó mas bien árbitro supremo de la monarquía. Si hubiera debido á sus talentos la confianza del soberano, su elevacion habria sido tal vez menos perjudicial á España, pero hombre de corta capacidad y escasos alcances, tenia tan poca aptitud para los negocios como el mismo Felipe III. De aqui resultó que el valido fué á su vez dirigido por otro favorito, cuya suerte cupo á don Rodrigo de Calderon, hombre resuelto y codicioso, que aconsejó á su protector un sistema erróneo aplicable solo á un gobierno provisional y arbitrario; via peligrosa en la que el refulgente astro de la casa austro-española debia eclipsarse y perder todo su esplendor (1).

Urgente por demas, á la sazón, el establecer orden en la hacienda, hubo la desgracia de que las inclinaciones y miras ambiciosas del duque de Lerma estuviesen cifradas en inducir al monarca á placeres y gastos desordenados (2). Con la esperanza de realzar los primeros actos de su administracion por la gloria de las armas, continuó la guerra con la Holanda; pero con menos discernimiento que Felipe II, la hizo mas funesta á los intereses españoles, prohibiendo bajo las mas severas penas á las provincias

(1) Este confidente del duque de Lerma, hijo de un pobre soldado, llegó á ser secretario de Estado, conde de Oliva, marqués de las Siete Iglesias, y adquirió una fortuna de 400,000 ducados de renta. La desgracia del duque de Lerma causó su ruina. La r. accion popular fué tal, que se le acusó de muchos crímenes, y á pesar de la falta de pruebas, fué condenado y sufrió el suplicio de la decapitacion, segun dice Saavedra, con tal ánimo, que cambió en interés y compasion el odio universal que su fortuna habia concitado en su contra.

(2) Gil Gonzalez Dávila, *Hist. de Felipe III.*

de la monarquía todo comercio con los estados báttavos y sus aliados, á pesar de haber creído política y conveniente su tolerancia el difunto rey. En el transcurso del año 1600 levantó la Holanda un ejército de doce mil hombres y dos mil caballos, cuyo mando confió á Mauricio de Nassau, hijo de Guillermo el Taciturno. Despues de algunos encuentros mas ó menos felices, se decidió este principe á presentar la batalla ante los muros de Nieuport al archiduque Alberto, á quien Felipe III habia confirmado, con las mismas condiciones de reincorporacion á la corona, la soberanía de los Países Bajos, concedida por su predecesor. Pero colocado el archiduque en posicion desventajosa, y herido ademas en la accion, se vió obligado á retirarse.

No se desanimó por esto Alberto, y habiendo reunido muy pronto nuevas fuerzas pasó á sitiar á Ostende. Trató primeramente de interceptar todas las comunicaciones de esta ciudad con el mar, á fin de tomarla por hambre; y no consiguiéndolo, resolvió reducirla por medio de las armas; pero aun cuando una artilleria formidable cañoneaba sin cesar las murallas, las brechas se reparaban al instante, merced á la perseverante actividad de los habitantes. El archiduque se vió obligado á convertir el sitio en un bloqueo, cuyo éxito no se podia prever, y que llegó á ser una escuela de estrategia donde concurrían á instruirse voluntarios de todas partes. Bien pronto las operaciones de los sitiadores se hicieron cada vez mas lentas, porque les faltaba dinero. La corte de Madrid, cuyas rentas estaban muy lejos de igualar á sus escesivos gastos, veía agotado el producto de los impuestos, tanto por la guerra de los Países Bajos, como por las diversas expediciones dirigidas contra la Irlanda y Argel. En tales circunstancias recurrió á la arbitrariedad, el peor medio de procurarse re-

curtos, ordenando el rey por un edicto convertir en moneda la plata labrada de las iglesias y de los particulares. El clero, la nobleza y los plebeyos se pronunciaron contra un acto tan inconstitucional; y desesperando el gobierno de poder triunfar de esta oposicion nacional, recurrió á un espediente siempre fatal á los estados que consumen sus rentas adelantadas. A egemplo de lo que se habia hecho en el reinado precedente, empeñó las remesas que se esperaban de América (1); y las sumas considerables que esto produjo no hicieron prosperar mas las armas españolas. La espedicion de Irlanda, mandada por don Juan de Aguilar, se frustró completamente, así como la de Argel, dirigida por el almirante Doria.

Estos reveses habian impedido á Felipe III satisfacer las reiteradas demandas del archiduque Alberto, que tenia necesidad de hombres y dinero para obligar á capitular á Ostende. Los holandeses se aprovecharon de estas circunstancias, y mientras que todas las fuerzas enemigas estaban reunidas delante de esta ciudad, se apoderaron de Rhimberg, de Graves, de Ecluse y otras plazas. Tres años habian pasado desde que Ostende, á pesar de las brechas abiertas en sus murallas, desafiaba los esfuerzos imponentes de España, y ya se comenzaba á creer que su heroica resistencia cansaria la constancia del archiduque Alberto y de su esposa la infanta doña Isabel, aunque esta princesa hubiese hecho voto de no abandonar el sitio (2). Lo largo y fatigoso del blo-

(1) Dávila, *Historia de Felipe III.*

(2) Esta princesa habia hecho juramento, como en los tiempos de la caballería, de no mudarse de ropa hasta que se rindiese la plaza. Es verdad que al hacerle contaba con el buen éxito de un asalto próximo. Habiendo engañado sus es-

queo habia acabado por introducir la indisciiplina entre los sitiadores. Muchas antiguas compañías españolas, cansadas de la inaccion, y sobre todo de guerrear sin recibir el precio de sus servicios, amenazaban retirarse, cuando el célebre marqués Ambrosio de Espinola llegó al campo del archiduque con un refuerzo considerable de tropas, que habia levantado á sus espensas (1).

Desde entonces no hubo esperanza alguna para los habitantes: los talentos del nuevo capitán, que reemplazaba en la direccion del sitio al conde de Bucquoi, paralizaron las diestras maniobras de Mauricio de Nassau, quien con un ejército igual al de los sitiadores, trataba de interrumpir sus operaciones; pero el 20 de setiembre de 1604 Espinola obligó á Ostende á firmar una honrosa capitulacion. «Este sitio, dice el presidente Hénault, habia durado treinta y nueve meses, con pérdida por una y otra parte de ciento cuarenta mil hombres. Lo que es digno de notarse, añade, es que á causa de esta guerra obstinada y ruinosa se ha elevado el comercio de los

peranzas el valor de los sitiados, no por eso dejó de usar hasta el dia de la capitulacion de Ostende la misma ropa, que se volvió amarilla en su cuerpo. Entonces los cortesanos, para celebrar la constancia de la princesa, se pusieron bandas de un amarillo sucio, al que dieron el nombre de Isabel.

(1) Este gran capitán, de una casa ilustre oriunda del pueblo de Espinola, cuyos abuelos ocupaban desde el siglo XII el primer rango en la república de Génova, habia vivido hasta la edad de treinta años en las dulzuras del retiro, cuando las hazañas de su jóven hermano Federico, gran almirante de España, muerto poco despues, escitaron su emulacion. Desde este momento se puso á estudiar los autores estratégicos, principalmente á Vegecio; y habiendo levantado despues un cuerpo de tropas considerable, ofreció sus servicios al rey de España.

holandeses al grado de prosperidad en que se encuentra hoy.»

Antes de intentar proseguir sus triunfos, resolvió Espinola ir personalmente á Madrid á pedir auxilios. Felipe le colmó de honores, le nombró generalísimo del ejército de los Países Bajos, y le invistió de poderes ilimitados para el manejo de la hacienda y administración militar (1). Pero en cuanto á los auxilios que reclamaba, solo obtuvo vagas promesas. El gobierno de don Felipe, despues de haber hecho la paz con la Inglaterra á costa de algunos sacrificios, se habialisonjeado de hallar en medio de llenar las exhaustas arcas del tesoro, doblando nominalmente el valor de la moneda de vellon. Este expediente solo sirvió para aumentar el mal que se queria remediar, porque habiendo importado las naciones vecinas en España monedas contrahechas, las daban á un precio mas bajo del corriente, y recibian en cambio oro y plata. Espinola volvió, por lo tanto, á Flandes solo con la seguridad de que se le enviarian los atrasos de sus tropas así que llegasen los galeones de América (2), pues los ministros espera-

(1) Strada.—De Thou.

(2) Los galeones eran buques cargados de los productos de las minas de oro y de plata de las colonias americanas. Estas minas eran uno de los principales recursos del erario. El gobierno tenia primitivamente derecho á la quinta parte de sus productos, á escepcion de algunas en que solo lo tenia de la décima y aun de la vigésima. En 1352 Cárlos V hizo añadir á este derecho otro de medio por ciento, por razon de fundicion, ensayo y marca, conocido en el Perú bajo el nombre de *cobos*. Estos derechos esperimentaron cambios en diversas épocas, y hasta variaron en muchas partes de las Indias españolas. Pero en el siglo XVIII se estableció en ellos mas regularidad y firmeza, y se determinó definitivamente que la plata que saliese de las minas de América pagase once y

ban que esta vez fuesen mas considerables las rentas de las colonias por las medidas de regularidad y economía que se habian adoptado nuevamente para la recaudacion y distribucion de estos recursos de la corona. El general español solo esperaba para proseguir las hostilidades un cuerpo de tropas, que le enviaba el duque de Lerma.

Pero los cruceros holandeses interceptaron este refuerzo que llegaba por mar. Cuatro buques españoles se refugiaron al puerto de Douvres, otros cuatro fueron apresados por los holandeses, que arrojaron al mar toda la tripulacion. «Este crimen odioso, dice el historiador inglés J. Bigland, deshonor á la nacion holandesa y al partido protestante, como la tiranía de Felipe II y la crueldad del duque de Alba han mancillado el carácter español y el partido católico. Semejantes egeplos suministran una prueba bien triste de que los actos sanguinarios no son propiedad esclusiva de una secta ni de un pueblo.» Espinola reparó este desastre, haciendo venir de Italia reclutas que pagó con contribuciones de guerra impuestas al efecto, y con su propio caudal. Su amor á la gloria le decidió tambien á empeñar sus dominios, y á costa de tan inmensos sacrificios consiguió este hábil general fijar momentáneamente la victoria bajo los estandartes españoles. En 1606 avanzó hasta la provincia de Over-Issel que sometió en parte; despues redujo á Loechem y Groenlo, en Gueldres, y recobró á Rhinberg, baluarte de la Holanda.

Pero estos triunfos aumentaban los apuros del erario; y si la España recobraba provisionalmente

medio por ciento, y tres solamente el oro; este pagaba ademas á su entrada en España cinco por ciento, y diez la plata. Desde el siglo XVIII se bajaron estos derechos á dos y medio y cinco por ciento.

una parte de su antiguo territorio en el Norte de Europa, perdía en cambio preciosas colonias. Sus flotas desorganizadas cruzaban apenas el mar, y no podían luchar ya con las de la Holanda y Zelanda, provincias que fundaban su porvenir en su poder marítimo, del que puede juzgarse por las fuerzas que poseía en esta época la compañía de las Indias Orientales, formada cuatro años antes con autorizacion de los estados bátavos. Solo esta compañía disponía entonces de cuarenta y cinco navios y de diez mil soldados (1). La España no pudo, pues, proteger contra los ataques de los holandeses las islas Molucas y Amboine, de las que se apoderaron aquellos. Estas ventajas animaron á los Estados generales de Holanda, que en 1607 equiparon una flota destinada á cruzar en las costas de la Península, á fin de sorprender los galeones que se dirigían á ella. El almirante holandés Heenskerk encontró en la bahía de Gibraltar un rico convoy, compuesto de doce navios y de nueve galeones á las órdenes de Juan Alvarez de Avila, y el encarnizado combate, que se empeñó entre ambas flotas, las privó de sus respectivos almirantes, que hallaron una muerte gloriosa; pero la victoria quedó por los holandeses, y las naves españolas se abismaron en las ondas, ó se estrellaron contra las rocas. A este desastre siguieron otros muchos. Una escuadra holandesa interceptó repentinamente un convoy que venía de la Habana: dos galeones fueron presa de las llamas, y otros tres naufragaron. Mas adelante, el almirante holandés Hautain intentó penetrar en el Tajo, y si no lo consiguió, causó al menos un gran perjuicio á la España con la ruina de sus galeones.

Sobre el continente, el marqués de Espinola,

(1) *Riqueza de la Holanda*, t. I, p. 155—175.

abandonado casi á sus solos esfuerzos, se había visto obligado á mantenerse en la defensiva, y empezaba á desear vivamente la paz. Entonces el gobierno español, viendo agotados todos sus recursos, consintió al fin en tratar con estas provincias, que habían sabido conquistar su independencia por su constante energía. Las primeras conferencias se celebraron en el Haya en 1609. La Francia y la Inglaterra enviaron á ellas ministros en clase de mediadores, y Ambrosio Espinola, tan buen diplomático como hábil general, fué encargado por Felipe III de representar á España. La estimacion que le profesaba Mauricio de Nassau, el antagonista del general español, hacia creer que el marqués obtendría mejor resultado que cualquier otro en las negociaciones; pero el príncipe de Orange, previendo que esta paz disminuiría su influencia, estaba poco dispuesto á ajustarla. Olden Barnevelt, gran pensionario de Holanda, que comprendía la necesidad de hacer gozar de tranquilidad á sus compatriotas, y de consolidar por medio de tratados sus conquistas é independencia tan caramente compradas, les comprometió á aceptar las proposiciones de la corte de Madrid. De aquí surgieron graves diferencias entre Mauricio de Nassau y Barnevelt; pero salió triunfante este último, que más tarde debía pagar con la vida su oposicion á los proyectos del príncipe de Orange. En su consecuencia en el mes de abril se concluyó una tregua de doce años entre la España y la república de Holanda, y aunque ninguna de las dos potencias renunciase á sus pretensiones, sin embargo, desde este día fué implícitamente reconocida la independencia de los estados bátavos. Así acabaron las largas y ruidosas guerras emprendidas por Felipe II contra los Países Bajos, y que desde 1567 habían costado más de 2000 millones de reales.

Bajo la fe de este tratado esperaba la Peninsula ver renacer la prosperidad en su suelo, cuando este mismo año de 1609 una medida impolítica del ministro vino á dar un golpe fatal á la fortuna de España. Los moriscos descendientes de los musulmanes, que cuando la conquista del reino de Granada habian prometido abrazar el cristianismo para quedarse en España, se habian establecido principalmente en las ricas llanuras de Valencia: como hombres industriosos hacian fructificar la tierra, y enriquecian particularmente el reino por la estension que daban al comercio y á las manufacturas. Solo en Sevilla ocupaban mil seiscientos telares, cuyas fabricaciones de seda y lana cambiaban por el oro y la plata de América, impidiendo asi que las riquezas del Nuevo Mundo pasasen á manos extranjeras. Quizá su nueva prosperidad despertó en su ánimo mal convertido los gloriosos recuerdos de sus padres; quizá concibieron la peligrosa esperanza de ver volver los bellos dias de Córdoba y de Granada. Sully lo afirma asi positivamente en el vigésimo quinto libro de sus memorias, hablando de las proposiciones que los moriscos hicieron á diversas potencias hostiles de la España, á la Francia entre otras, para obtener socorros contra los opresores de su raza: y semejante asercion nada tiene de inverosímil. ¿No tratan siempre los pueblos vencidos de emanciparse de sus vencedores? Tarde ó temprano unos ú otros deben ceder el puesto, á menos que no haya fusion entre ellos, y no puede existir fusion completa, si no hay comunidad de creencias religiosas, de simpatias nacionales, de tradiciones y hasta de preocupaciones, que faciliten los matrimonios y asocien prontamente en idénticos intereses á vencedores y vencidos. La sociedad de un gran pueblo no puede asimilarse á una sociedad particular de comerciantes é industriales, movi-

dos únicamente por un espíritu especulador. Hay leyes morales, sentimientos, inclinaciones, instintos esenciales en cada sociedad del globo, que forman el verdadero patriotismo, y son los lazos que aseguran el conjunto de estas grandes asociaciones. Toca á la minoría, que no quiere aceptar las opiniones, las creencias y las tendencias de la mayoría, retirarse libremente á otra sociedad que simpatice con ella. Sin esto no reinará la armonía en el seno de las naciones; el desorden provendrá del hecho de existir una minoría mortificada en sus actos, y lastimada en sus afecciones; la violencia y la tiranía llegarán á ser propiedad de la mayoría, inclinada siempre á la dominacion. En resumen, una sociedad no puede componerse como una obra de taracea, de piezas desiguales; y es interés comun que los que tienen orgullo en ser blancos y los que se hallan mortificados de ser negros, tanto en lo físico como en lo moral, europeos, africanos, judíos, musulmanes, cristianos, cismáticos ó católicos, solo traten de reunirse con sus semejantes.

Si el clero español sabia que la conversion de los moriscos fué poco sincera, estos, sin embargo, no habian dado pretestos plausibles para que se empleasen en su contra otros medios que los de la persuasión y la dulzura. Menos lícito era aun á los hombres de estado que gobernaban la España espulsar violentamente de la sociedad cristiana, á una raza de hombres tan útil al reino, que la habia adoptado; pero esto no lo comprendió el duque de Lerma. Este ministro, cuyo espíritu religioso se habia trocado en implacable y ascético, receló de la actitud imponente de los moriscos; su imaginacion, que le representaba ya el islamismo alzando su estandarte bajo un Aben-Humeya, hizo participar de estos temores al demasiado dócil Felipe III: y á pesar de la natu-

ral mansedumbre de este príncipe, á pesar de las representaciones del duque de Osuna, de los nobles y de los ayuntamientos del reino de Valencia, á pesar del lastimoso espectáculo de estos desgraciados que pedían la revocación del edicto de su destierro, los moriscos fueron embarcados y conducidos á las costas de Africa. Felipe III, sin embargo, más compasivo que su ministro, dulcificó un poco el rigor de esta medida, retardando seis meses su cumplimiento, á fin de que los desterrados tuviesen tiempo de vender sus bienes y llevar consigo su valor en mercaderías: además permitió permanecer en España á seis de cada cien familias (1). Esta espulsión, unida á las emigraciones continuas de los hombres activos, á quienes el atractivo de las riquezas arrastraba á América, contribuyó á debilitar los recursos de la industria y de la agricultura, disminuyendo el número de operarios y de colonos (2).

Para remediar Felipe todos estos males, publicó edictos útiles. Concedió la nobleza á todos los que se dedicasen al cultivo de los feudos que llegasen á poseer; medida sabia y política, bien diferente de la adoptada algunos años antes en Francia por el rey Enrique II, quien en su ordenanza de Blois (1579) había declarado que en adelante todo colono que adquiriese feudo noble, no sería por eso ennoblecido ni puesto en el rango y grado de los nobles, de cual-

(1) Watson, *Vida de Felipe III.*—Brougham. *Col. Pol.*

(2) El estrañamiento decretado contra toda esta raza en 11 de setiembre de 1609, privó á la España de más de ochocientas mil personas, la parte más industriosa y trabajadora de la población; y cupo tan desgraciada suerte á los infelices moriscos, que al pasar el Estrecho perecieron la mayor parte á manos de los árabes, codiciosos de sus riquezas, que les persiguieron como cristianos. (Nota del Traductor.)

quier renta y valor que fuese el feudo que poseyese:» medida preferible también á otra más reciente de Enrique IV (1600), que privaba á la profesión de las armas del privilegio de ennoblecer al que la ejercía (1), porque es interés del país y de todas las clases de la sociedad estender lo posible la nobleza. ¿No es necesario cimentar la buena armonía entre la democracia y la aristocracia? Pues el medio cierto de obtener este provechoso resultado, es interesar al mayor número posible de ciudadanos en la conservación de un orden que sea el objeto honroso y digno de sus deseos, así como la recompensa de sus trabajos en las diversas carreras en que hayan servido á su patria; es, en fin, fortificar y aumentar las filas del orden aristocrático, abriéndolas á los talentos y á las notabilidades de la democracia. Tales renuevos darán nueva savia al árbol nobiliario, le harán echar raíces más profundas en la sociedad, y le animarán con una nueva vida capaz de arrostrar las borrascas de una revolución, y la destrucción del tiempo que cada día corta algunas ramas de este tronco envejecido.

Para asegurar mejor la paz á sus pueblos, tan cansados de guerra, consintió Felipe en estrechar por matrimonios la alianza que había contraído con la Francia. La regente Maria de Médicis, adoptó sus miras, y se determinó que el infante don Felipe se casaría con la princesa Isabel, hija de Enrique IV, y la infanta Ana con el rey Luis XIII: esta doble unión se publicó en 1612 (2). Con este motivo, Felipe III,

(1) Esta ordenanza fué anulada en el reinado de Luis XV por su edicto de 1750, que confería la nobleza como la más bella recompensa militar.

(2) No se celebró hasta 1615, durante la residencia de Luis XIII en Burdeos.

por temor de que la casa de Francia, rival de la suya, pudiese subir algun día al trono de España, hizo firmar á su hija la renuncia á su sucesion, cuya acta fué aprobada por las Cortes convocadas al efecto (1). Tres años de paz permitieron á la Península reparar un poco sus pérdidas; pero circunstancias independientes de la voluntad del soberano, le forzaron á emprender una guerra, que ésta vez le fué mas ventajosa y favorable.

El duque de Saboya trataba de estender su territorio por el lado del Milanesado, y usurpaba parte de los dominios de la duquesa de Mantua. Iniosa, gobernador de Milan, reprimió con algunos antiguos tercios españoles las tentativas del duque, y aun penetró en su territorio. Carlos Manuel (2) llamó en su auxilio á los franceses, quienes se interpusieron como mediadores. La España rehusó desde luego todo acomodo, pero habiendo pasado al Piamonte en 1613 el condestable Bonne de Lesdiguières, hizo mas igual la lucha de la Saboya contra España, y la corte de Madrid creyó prudente terminarla aceptando el tratado propuesto, el cual fué mas tarde ratificado definitivamente en Pavía. Algo mas prosperaban en el mar las armas españolas: las islas Molucas habian caído en poder de Felipe, y sus navios triunfaron de una flota holandesa que amenazaba á las islas Filipinas. En otras partes el duque de Osuna (3), virey de Sicilia, habia ganado algunas señaladas victorias á los turcos (1613 y 1614) á quienes

(1) Dávila.—Watson.—*Memorias del marqués de San Felipe.*

(2) Este principe, llamado el Grande, habia casado con la infanta Catalina, hermana de Felipe III, rey de Castilla.

(3) Don Pedro Téllez y Giron, duque de Osuna, era de

persiguió hasta las playas africanas, apoderándose de muchos puntos importantes. En recompensa de su conducta fué nombrado en 1616 para el vireinato de Nápoles que ambicionaba hacia tiempo. Su afabilidad y su administracion justa y benévola, le conciliaron el afecto de los napolitanos, así como su energia y talentos militares le valieron alto nombre y consideracion. Las ventajas que obtuvo en 1617 sobre la flota veneciana habrian debido igualmente merecer la estimacion y confianza del gobierno español, cuyo pabellon, gracias al duque, recorria libremente el mar Adriático; pero los triunfos de Osuna le suscitaron poderosas enemistades hasta el punto de hacerle temer la pérdida de su poder.

Entonces las injusticias de que tenia que quejarse le hicieron culpable á su vez. Temiendo que se le quitase el vireinato, osó formar proyectos sobre la soberania independiente de Nápoles. Conjeturando con razon, que los nobles no estaban dispuestos á rebelarse contra Felipe III, quiso asociar á sus intereses al populacho, siempre dispuesto á sostener cualesquiera innovaciones, y ademas buscó apoyo en el exterior, formando una intriga muy complicada con la república de Venecia. Este manejo misterioso y extraño, mal comprendido por el escritor Saint-Real, y desarrollado por él mismo de una manera dramática y poco verídica, ha servido mas bien de tema á las novelas, que de base á la historia. Afortunadamente el conde Darú, en sus estudios sobre Venecia, despues de largas y preciosas investigaciones, ha conseguido esparcir una luz muy clara sobre las secretas inteligencias de la república con el virey de Nápoles. Las ideas ambiciosas de éste le hicieron

la ilustre casa que antes hemos mencionado. Su vida ha sido escrita por Gregorio Leti.

diferir el desarme que le habia ordenado la corte, bajo el pretexto de que era menester precaverse contra las intenciones hostiles de los venecianos. Al mismo tiempo iniciaba al consejo de los Diez en sus verdaderos proyectos, y le interesaba en ellos por medio de brillantes promesas, haciéndole comprender que no debia alarmarse de la actitud guerrera de los estados napolitanos. Asi los Diez no se inquietaron de los secretos manejos que el marqués de Bedmar, embajador de España, fomentaba en Venecia. Osuna engañaba tambien al enviado de Madrid, persuadiéndole que vendría con su ejército á asegurar el resultado de la conspiracion en provecho de Felipe III, su señor común; y cuando un agente de Bedmar, llamado Jacobo Pedro, creyendo sacar partido de su delacion, vino á descubrir al consejo de los Diez las maquinaciones que se tramaban contra la república, éste recibió con indiferencia su deposicion y durante muchos meses no tuvo consecuencia alguna.

Pero de repente un dia del mes de mayo de 1618 ordenó numerosas prisiones, y muchas personas, particularmente extranjeros, fueron conducidas al patíbulo. Se esparció la voz de que se habia descubierto una conspiracion, y que el marqués de Bedmar habia salido inesperadamente de la ciudad; pero en vano se esperaron algunas aclaraciones del consejo supremo.

La llegada del nuevo embajador de España desvaneció las suposiciones que se habian hecho de un rompimiento con esta potencia. Solamente algun tiempo despues, mandó el senado hacer rogativas para dar gracias al cielo por haber salvado á la república de un gran peligro. El gobierno veneciano, segun se ha descubierto despues, hizo desaparecer por medio de estas ejecuciones toda prueba de com-

plicidad con el virey de Nápoles, cuando los verdaderos proyectos de este último fueron conocidos de la corte de Madrid, habiéndoselos revelado al ministro de Felipe III un capuchino á quien el duque habia ofendido. El cardenal Gaspar Borgia partió á Nápoles en 1619 con la mision de intimar al duque de Osuna que le hiciese entrega de su vireinato, y volviera á Madrid á dar cuenta de su conducta. La llegada inesperada del prelado, impidió al orgulloso Osuna toda resistencia, y le estuvo bien, porque cediendo Felipe á la bondad de su carácter, fingió no dar crédito á las inculpaciones que pesaban sobre el duque. Los distinguidos servicios del virey fueron tambien un título para que no se le molestase por su conducta (1), mas quizá que los lazos de parentesco que le unian al nuevo favorito duque de Uceda, hijo del de Lerma; pues años antes Osuna, con la mira de proporcionarse un poderoso apoyo en su ausencia, habia casado á su heredero con la hija de Uceda; pero no debia esperar mucho de un hombre tan egoista, despues de la conducta desnaturalizada que habia observado este ministro con su padre, á quien habia suplantado en el ánimo del rey.

El duque de Lerma, al tocar la cúspide de los honores, no dejaba de conocer la animosidad que se le tenia. Avanzando en años, habia reconocido la fragilidad de las grandezas humanas. La muerte de su muger Felicidad Enriquez de Cabrera, hija del almirante de Castilla, afligió mucho su corazon, y siguiendo entonces sus inclinaciones religiosas, abra-

(1) Hasta el reinado siguiente, en el que renovaron sus enemigos las inculpaciones contra él, no obtuvieron que se destruyese su proceso; y aunque destruyó todos los cargos, se le retuvo preso en el castillo de la Alameda, donde murió el 25 de setiembre de 1624.

zó el estado eclesiástico, y obtuvo la púrpura romana. Supónese también que se lisongeó con que el título de príncipe de la iglesia impondría mas á sus enemigos, y le daría un carácter sagrado á los ojos del rey; pero no sucedió así. Felipe no tuvo con el ministro cardenal la misma confianza que antes, y el duque de Uceda, á quien su padre no habia dejado de recomendar á la bondad del rey, cometió la ingratitud de aprovecharse de esta circunstancia para unirse á los enemigos del duque de Lerma, y perderle en el ánimo del débil monarca. Cuando Uceda subió á primer ministro, llevó la infamia hasta el punto de hacer instruir una sumaria contra su padre. Esta conducta habria debido serle perjudicial con el soberano; pero éste, que antes de todo queria tranquilidad, ordenó solamente que se suspendiese toda persecución contra su antiguo favorito. El duque de Lerma obtuvo permiso para retirarse á sus tierras, donde tantos motivos de pesar le condujeron muy pronto al sepulcro (1).

La España nada ganó en el cambio de ministro. El duque de Uceda conservó el poder hasta el fin del reinado de Felipe III, y durante este corto espacio de tiempo no demostró talentos, obrando solo como debia esperarse, con arreglo á sus miras personales. Con todo, algunos triunfos en Alemania y un tratado ventajoso á la dinastía española, señalaron los dos últimos años del reinado de Felipe. El emperador Matias, próximo á morir sin sucesión, habia hecho coronar rey de Bohemia á su primo Fernando de Austria, nieto del emperador Fernando I. Felipe se opuso y reclamó la Bohemia y la Hungría en calidad de descendiente, por su madre Ana de Austria, de Ana Jagellon, que habia traído en dote estos estados

(1) Murió en Valladolid el 17 de mayo de 1625.

á Fernando I. Esta protesta dió por resultado un convenio, por el cual se dejó gozar á Fernando II estos reinos á condicion de que volverian á la rama de España, á falta de herederos varones en la alemana (1).

Pero se declaró nuevo competidor de Fernando II el elector palatino Federico. Este príncipe, yerno de Jacobo I, rey de Inglaterra, y sobrino del príncipe Mauricio de Nassau, se habia puesto á la cabeza de los protestantes de Alemania, y conseguido hacerse reconocer rey por los bohemios. Fernando II, electo reciénmente emperador, llamó en su ayuda á su primo de España, en virtud del tratado ofensivo y defensivo que ligaba á las dos ramas de la casa de Austria. Felipe poseía en el mas alto grado el orgullo de su familia, que se retrataba en este extraño y vanidoso lema: A, E, I, O, U, formando las iniciales de este *ex ergo*: *Austria est imperare orbi universo* (al Austria pertenece mandar en todo el mundo). Se apresuró, pues, á enviar á Alemania un ejército de cuarenta y ocho mil hombres, á las órdenes de Espínola. Al mismo tiempo escribió al marqués de Montemar, su embajador en Londres, que tratase de separar al rey de Inglaterra del partido del elector, lo que el diplomático español consiguió con facilidad (2). Por su parte Espínola obró tambien con tanta celeridad para penetrar en los estados hereditarios de Federico, que en una sola campaña redujo al Palatinado á la obediencia del emperador, mientras que el elector mismo se veia estrechado de cerca por Maximiliano, duque de Baviera, cuñado de Fernando, y gefe de la liga católica de Alemania. En fin, el 8 de noviembre de 1620 ganó Maximiliano

(1) Presidente Henault.

(2) Barnet.—J. Biglaud.

cerca de Praga una victoria decisiva sobre el ejército de Federico, á consecuencia de la cual se vió obligado este último á refugiarse con su familia en los Estados de Holanda que le señalaron una pension de 40,000 florines mensuales. El emperador invistió á Maximiliano, en premio de sus servicios, de la dignidad electoral, despojando de ella á Federico, y le dió el alto Palatinado en cambio del Austria baja, que el duque tenia en fianza de las sumas que habia prestado á Fernando II. La Lusacia, que formaba parte de la Bohemia, fué segregada de ella por el emperador, quien la concedió al elector de Sajonia en recompensa igualmente de su conducta en la última guerra (1). Para reembolsarse la España de sus gastos, y bajo el pretesto tambien de que la Valtelina dependia en otro tiempo del ducado de Milan, se apoderó de esta provincia, que por su situacion facilita las comunicaciones entre las dos ramas de la casa de Austria, mas estrechamente unidas que nunca.

Pero Felipe III no debia gozar largo tiempo de las ventajas que habia obtenido, ni de la tranquilidad consiguiente á ellas. Una fiebre lenta minaba su existencia, y en vano le aconsejaron los médicos los aires de Lisboa, pues volvió á Madrid sin que el viage produjera el mas pequeño cambio en el estado de su salud, ni en la indolencia de su carácter, que le hacia sujetarse mas pasivamente que nadie á las mortificantes reglas de la etiqueta establecida por su padre. Esta sujecion inconsiderada abrevió sus dias. Felipe III, segun refiere un escritor del mismo siglo, despachaba en su gabinete. Como el frio era estremado este dia, le habian aproximado un brasero, cuyo calor le incomodaba tanto que le hacia sudar.

(1) Henault.

La benignidad de su carácter le impidió quejarse, porque jamás hallaba nada mal hecho. Habiendo notado el marqués de Povar la incomodidad que el rey sufría con aquel calor, se lo advirtió al duque de Alba, gentil-hombre de cámara, para que hiciese quitar el brasero; pero como dijo que no era de su cargo, y que tenia que dirigirse al duque de Uceda, sumiller de corps, el marqués de Povar, aunque inquieto por ver sufrir al rey, y no atreviéndose él mismo á aliviarle por temor de mezclarse en las funciones de otro, dejó el brasero en su sitio. Envió, sin embargo, á buscar al duque de Uceda, quien por desgracia se hallaba en su casa de campo, poco distante de Madrid, de suerte, que mientras llegó, se habia casi asfixiado el rey. Desde aquella misma noche, su temperamento ardiente le produjo una fiebre terrible con erisipela que degeneró en escarlata, de cuyas resultas espiró el 31 de marzo de 1621, justamente diez años despues de la muerte de su muger Margarita de Austria, hija de Carlos, archiduque de Gratz. Tenia entonces cuarenta y tres años, y hacia veinte y dos y medio que reinaba (1).

Esta debilidad de carácter, causa de la muerte de Felipe III, contribuyó tambien á la decadencia de España, y aun de la autoridad real, que la política entendida de Carlos V y de su sucesor habia tratado de estender; porque esta autoridad debia debilitarse en las manos de los reyes sin energia. Felipe III, príncipe humano, de costumbres puras, y de una piedad sincera, ofrece una nueva prueba de que las virtudes privadas no bastan para desempeñar dignamente la suprema mision que Dios confia á los

(1) *Relat. sur la cour d' Espagne*, imp. en el Haya en 1693.

soberanos (1). Si al menos hubiese tenido ministros capaces, habria podido legar á la historia uno de esos reinados dignos de figurar al lado de los de sus ilustres predecesores. Pero Felipe III, asi como su hijo Felipe IV, confirman la verdad histórica de que si siempre los grandes reyes saben hacer grandes ministros, es raro que los reyes medianos tengan el discernimiento de elegir hombres capaces, ó de concederles, si los hallan, una completa confianza, que sea bastante á atenuar las peligrosas consecuencias de su propia nulidad.

(1) Tenia efectivamente Felipe III un carácter apacible y meticoloso, débil y de bastante limitada capacidad. Habiendo subido al trono en época harto difícil para España, que mas que nunca necesitaba un monarca esperto, político y valiente, al par que prudente y reparador, para restablecer su perdida influencia y vindicar su poderío, tuvo la desgracia de fiar la suerte del pais á favoritos tan ambiciosos como ineptos. Entregado en tanto el monarca á sus prácticas piadosas, únicas á que le permitia dedicarse su habitual indolencia, el pais sufrió todas las desgracias consiguientes al imperio de un valido, sin obtener ventaja alguna; y fué tan evidente el mal, que el mismo rey lo hubo de conocer. Mas por desgracia era tarde. Una calentura lenta minaba su existencia, y víctima de ella murió deplorando amargamente el no poder remediar los males causados por su negligencia y fatal gobernacion.

(Nota del Traductor.)

CAPITULO CUARTO.

Felipe IV.

Los tres favoritos contemporáneos.—El conde-duque de Olivares, primer ministro de Felipe IV.—Su política.—Tratado desventajoso respecto á la Valtelina.—Prosecucion de las hostilidades contra la Holanda.—Conducta inconveniente de Buckingham.—Doblez de Richelieu.—Rompimiento de España con Francia é Inglaterra.—Rivalidad de la casa de Borbon con la de Austria.—Armisticio.—Negociacion secreta entre la Francia, la Suecia y los protestantes de Alemania.—Lucha de la Francia con el Austria, protectora del catolicismo en Alemania.—Los imperiales invaden la Champaña y la Picardía, y los españoles el mediodia de Francia.—Reveses de los españoles.—Descontento causado por la administracion despótica de Olivares.—Insurreccion de Cataluña.—Levantamiento de los portugueses.—Recobran su independencia, y proclaman rey al duque de Braganza.—Richelieu se alia con los portugueses.—Intrigas de Olivares frustradas por Richelieu.—Desgracia de Olivares.—Le sucede don Luis de Haro.—Su conducta.—Batalla de Roeroy.—Estado crítico de España.—Revolucion de Nápoles.—Massaniello.—El duque de Guisa.—Paz de Munster ó de Westfalia.—Matrimonio de Felipe IV con María Ana de Austria.—Continuacion de las hostilidades entre Francia y España.—Batalla de Lens.—Intrigas en la corte de Francia.—El cardenal Mazarino.—El principe de Condé pasa al servicio de Felipe IV.—Oliverio Cromwel, protector de Inglaterra, se alia á la Francia contra España.—El Portugal asegura con nuevos triunfos su independencia.—Paz de los Pirineos concluida entre Mazarino y don Luis de Haro.—Consecuencias de ella.—Renuncia á la corona de España Maria Teresa, esposa de Luis XIV.—Palabras de Felipe IV con este motivo.—Muerte de don Luis de Haro.—Espedicion infructuosa de los españoles á Portugal.—Pesar de Felipe IV.—Su